



CINE

¡Huye! y el racismo que no dice su nombre

P

FERNANDA
SOLÓRZANO

ropongo al lector que recuerde de una escena en el cine reciente en la que un hombre negro mate a tres blancos y el espectador se alegre por él. Verá que no es fácil.

De una década o dos para acá, productores y directores evitan secuencias del tipo para no ser acusados de reforzar estereotipos nocivos (en este caso, el del hombre negro violento). Si se invirtieran las razas, podría mostrarse a un blanco matando a tres ne-

gros pero sería impensable pedir a la audiencia que estuviera de su lado. No importaría que el personaje tuviera razones válidas o que el guion lo pidiera a gritos. El temor a las connotaciones terminaría pesando más.

La crítica se encarga, entre otras cosas, de articular subtextos. Por tanto –también desde hace unos años–, se ha convertido en una especie de semáforo ideológico. En el interesante ensayo “Hot takes and ‘problematic faves’: The rise of socially conscious criticism”, Jaime Weinman expone los pros y contras de “aprobar” películas con agenda progresista y de castigar a las que no la cumplen. Por un

lado, dice Weinman, la ficción perpetúa valores –positivos y negativos– y es importante estar atentos a ello. Por otro, la crítica que solo se enfoca en temas sociopolíticos condiciona a los cineastas a hacer cine de “mensaje”. Señales de que una película fue concebida bajo ese mandato son las tramas victimistas y el tono de solemnidad.

La primera razón por la que *¡Huye!* es extraordinaria es porque su director y guionista, Jordan Peele, devuelve al cine un derecho perdido: divertir al público no “a pesar” de su tema difícil, sino a propósito de él. La dimensión de este logro puede calcularse en números: filmada con un presupuesto de 4.5 millones de dólares, en solo dos meses recaudó 183 millones.

Construida como cinta de horror, *¡Huye!* desmiente el mito de que Estados Unidos vive una era posracial, libre de discriminación (basta ver los casos recientes de violencia policial contra la población negra). Un buen número de ficciones y documentales han hecho lo mismo, pero *¡Huye!* sobresale entre ellos por su simple cam-



cos guiños de la cinta al racismo institucional con base en la realidad.

Los padres de Rose, Dean y Missy Armitage, parecen los anfitriones perfectos. Ella es una psicoterapeuta *aliviada* y él un neurocirujano que llama a Chris “*My man*”. La bienvenida se vuelve incómoda cuando aparecen un jardinero y una empleada doméstica negros. Dean le explica a Chris que cuidaban a sus padres y la familia no quiso dejarlos desamparados. “Odio la impresión que da”, dice apenado.

Durante su estancia, Chris es objeto de comentarios halagadores, todos en relación con su raza (y, por tanto, no halagadores). El hermano de Rose le dice que “con su estructura genética” podría ser una *bestia* del jiu jitsu, y los invitados a una fiesta le aprietan los bíceps, le hablan de Tiger Woods y lo fe-

riencia de ser el único negro en la fiesta –y, por ello, ser tratado como el factor “diversión”. Cuando ambos comediantes fueron invitados a otro programa, jugaron a analizar si ciertos comentarios racistas hechos por celebridades habían sido deliberados o simple producto de su insensibilidad. En *jHuye!* esta incertidumbre se traduce en suspense. De la misma manera, mientras que en *Key & Peele* hay *sketches* que muestran a negros que perciben racismo en donde no lo hay (y la situación es cómica), en *jHuye!* se sugiere que las sospechas de Chris ante la amabilidad de sus anfitriones podrían ser simple paranoia o señal de un peligro mayor. La ambigüedad es un recurso clave en el género de horror, pero Peele también la usa para describir la descon-

jHuye! desmiente el mito de que Estados Unidos vive una era posracial, libre de discriminación.

bio de blanco (valga el mal juego de palabras): en vez de acusar a los sospechosos de siempre –segregadores, supremacistas, racistas asumidos–, la película asigna responsabilidad a los liberales “buena ondita” que creen que es posible ser negro por asociación.

En el cuento aterrador de Peele, los blancos no solo quieren parecerse a sus *hermanos* de color sino, literalmente, convertirse en ellos. Lo suyo es un grado extremo de apropiación cultural.

El protagonista es Chris (Daniel Kaluuya), un fotógrafo negro que ha sido invitado por su novia blanca a pasar el fin de semana en casa de la familia de esta. A Chris le preocupa que Rose (Allison Williams) no haya puesto sobre aviso a sus padres de la diferencia de razas, pero ella le asegura que no hay de qué preocuparse: su padre es el tipo de persona “que habría votado una tercera vez por Obama”. En el camino, la pareja atropella a un venado. Aunque Rose conducía el auto, el policía de caminos insiste en ver la identificación de Chris. Es de los po-

licitan porque, hoy, ser negro “está de moda”. Ante todo, a Chris le intriga el comportamiento raro de los empleados de la casa y del único otro negro invitado a la fiesta: alguien a quien conocía de otro tiempo y con otro nombre. En su primer acto, *jHuye!* parece ser solo una comedia sobre los clichés racistas que pasan por cumplidos, pero pronto estas conversaciones se revelan como pistas de un esquema siniestro. Es el caso de la escena en la que Dean le muestra a Chris una foto de su propio padre: un atleta que fue eliminado en las rondas de calificación para Berlín 1936, nada menos que por Jesse Owens. Que luego Owens, un atleta negro, ganara la medalla de oro frente a Hitler hizo que el abuelo Armitage superara su propia derrota. “O casi”, remata Dean. Volver a esta escena tras ver la película hace apreciar la genialidad del guion.

La mordacidad del humor racial de *jHuye!* puede rastrearse en los *sketches* de *Key & Peele*, la serie creada por el director y por Keegan-Michael Key para Comedy Central. Por ejemplo, aquel en el que hablan de la ex-

fianza mutua en las dinámicas raciales de hoy. Dblemente perturbador.

Tan astuta es esta cinta que, a pesar de ser una crítica feroz al racismo encubierto, está blindada contra los elogios como “instructiva” o “inspiradora” (es decir, comentarios como los que harían los personajes de la película). Imposible revelar el espléndido desenlace, pero hay que aplaudir a Peele el haberse negado a mostrar a Chris como víctima eterna del sistema. Ha dicho que pensó en hacerlo (e incluso filmó un final optativo) pero que prefirió dar a su público goce y catarsis. Un final oscuro habría sido más realista –y con mayor trasfondo social– pero habría convertido a *jHuye!* en una película que, como tantas, hacen que los biempensantes muevan la cabeza de un lado al otro, culpen a los *malos* obvios y pasen al siguiente tema. Los dardos de *jHuye!* se dirigen a ellos. Peele, por fortuna, no los deja escapar. —

FERNANDA SOLÓRZANO es ensayista.

Participa en el programa radiofónico *Atando cabos* y mantiene en *Letras Libres* la videocolumna *Cine aparte*.

EDUCACIÓN

El derecho a ser licenciado



HÉCTOR VILLARREAL

En la Ciudad de México todas las personas tienen derecho a la educación en todos los niveles.” Así dice la flamante Constitución local al inicio de un gigantesco artículo 8. ¿Qué posibles consecuencias pueden derivarse de esta redacción?

El líder de Morena en la Ciudad de México, Martí Batres, tiene una respuesta que puede resultar definitiva: se trata del reconocimiento a la educación superior como un derecho (según da cuenta Martí Batres en su artículo “Morena, la fuerza de empuje en la Constituyente”), que fue uno de los principales objetivos que se plantearon los diputados constituyentes de este partido para que ningún joven sea excluido de este nivel (por motivos de cupo conforme a la demanda o porque no haya aprobado un examen de admisión).

¿En verdad estamos ante el declive del mérito como condición de ingreso a la educación superior y el cambio por un criterio distinto, el del merecimiento por dignidad? El mismo artículo dice que “se garantizará el derecho universal a la educación obligatoria”; la cual es, de acuerdo con la Constitución federal, la que va de preescolar a bachillerato. De tal modo que el gobierno o los poderes locales no están obligados a garantizarla en el nivel superior. Lo que sí establece la nueva Constitución es que las autoridades educativas fomenten “oportunidades de acceso a educación superior”. Pero otro artículo,

el 11, dice que “las autoridades adoptarán medidas para garantizar el pleno ejercicio” de los derechos de las personas jóvenes, incluido el de educación.

¿Pero en la vida real cómo se puede hacer efectivo esto? ¿Quienes sean *rechazados* podrán demandar ante el Tribunal Superior de Justicia su admisión? ¿El congreso local asignará un cuantioso presupuesto a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México para que amplíe su matrícula? ¿Las alcaldías gobernadas por Morena financiarán a las incipientes escuelas universitarias promovidas por sus militantes? El artículo 8 también dice que “las autoridades educativas de la Ciudad de México impartirán educación en todos los niveles y modalidades”. ¿Quiénes son estas autoridades?

El gobierno o los poderes locales deben garantizar la educación básica (de preescolar a bachillerato) pero no están obligados a garantizarla en el nivel superior.

De acuerdo con la Ley General de Educación (artículos 11 y 15), además del secretario de educación de la ciudad, también podrían serlo los directores de educación de los ayuntamientos.

¿O podrá haber la combinación de varias de estas posibilidades y algunas otras? La especulación no es de menor importancia. La campaña a la presidencia de Andrés Manuel López Obrador tiene como primera promesa la de asegurar educación a trescientos mil jóvenes *rechazados* de nivel medio superior y superior y además pagarles una beca, a cada uno de ellos, de 2,400 pesos. (O sea que va a convenir más ser rechazado que aprobar un examen de ingreso). Además, habrá una “acción” para que 2.3 millones de jóvenes obtengan trabajo “como aprendices” y reciban una beca de 3,500 pesos mensuales.

¿Puede haber controversia entre la autonomía universitaria y el derecho humano a la educación? Tal vez este *derecho* no pueda demandarse con éxito ante instituciones federales o nacionales, como la UNAM, el IPN o la Pedagógica, ¿pero qué tal en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México? ¿Y por qué no en la Universidad Autónoma Metropolitana, que, aunque financiada con recursos federales, le corresponde atender la demanda de educación superior de la zona metropolitana?

Pero el artículo 8 tiene todavía mucha más cuerda en esta misma declaración. El *derecho* es “de todas las personas”, lo que implica que puede tratarse de alguien de cualquier estado del país, que no está obligado a comprobar su residencia en la Ciudad de México y que puede ser incluso extranjero. De inicio, la población conurbada podría acogerse al carácter humanitario del precepto. Y, además, dice que *en todos los niveles*, lo que incluye también el posgrado, dado que forma parte del nivel superior.

No hay que perder de vista la alianza de AMLO con la CNTE (para echar abajo la reforma educativa) y el apoyo que tiene de sindicatos universitarios, numerosos académicos de educación superior y movimientos estudiantiles que van del antipriismo a eso que llaman la defensa de la educación superior o de representación de estudiantes excluidos. Tampoco hay que ignorar el querido anhelo de numerosas familias de colgar los títulos de los hijos en la sala de la casa como testimonio de algún tipo de éxito, señal inequívoca de que ser licenciado no es un lujo, sino una necesidad de la que nadie debe ser privado.

Con este panorama, la flamante Constitución de la Ciudad de México resultó inútil para la fallida carrera de Miguel Ángel Mancera, pero puede terminar siendo un magnífico apoyo para la del candidato de la esperanza. —

HÉCTOR VILLARREAL es politólogo y comunicólogo. Es autor de *Crónicas de un televidente* (El Salario del Miedo/Almadía, 2016).

ARTES PLÁSTICAS OROZCO, ESPAÑOLES E INDÍGENAS

José Clemente Orozco presentó *Los Teules* en 1947, una exposición inspirada en la crónica de Bernal Díaz del Castillo. Hasta el 6 de agosto en el Museo de Arte Carrillo Gil se presenta *Orozco y los Teules*, una muestra con 43 piezas basada en la exposición original.



AGENDA

JUNIO



CULTURA DIGITAL LA VIDA EN LA INFOESFERA

Vivimos una revolución digital en donde se intercambia una abrumadora cantidad de datos e información. *Infosphere*, una exposición colectiva que permanecerá abierta hasta el 3 de septiembre

en el Centro Nacional de las Artes, presenta las propuestas de un grupo de artistas, diseñadores, arquitectos y científicos ante el reto que implica imaginar la infoesfera.



LITERATURA FRANCISCO TARIO A DEBATE

Tario es autor de libros insólitos para la literatura mexicana, entre ellos *La noche y Aquí abajo*. El 4 de junio, en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Alejandra Armatto, Julio Farell, Ana García Bergua y Alejandro Toledo discutirán en torno a *Francisco Tario. Antología* (Cal y Arena, 2017).

ARTES ESCÉNICAS INFIDELIDAD EN TRES ACTOS



James Joyce escribió una sola obra de teatro, *Exiliados*, una comedia sobre la infidelidad y el amor. Richard y Bertha vuelven a Dublín después de un prolongado exilio y deciden confrontar sus secretos y miedos. La puesta en escena, dirigida por Martín Acosta, estará hasta el 9 de julio en El Granero del Centro Cultural del Bosque.

FOTOGRAFÍA

Los silencios visuales de Candida Höfer

S

SERGIO
RODRIGUEZ
BLANCO

Si alguien hiciera una breve encuesta sobre cuáles son los mausoleos de la cultura, esos lugares insuflados de una especie de aureola mística y añea, construidos

específicamente para convertirse en relicarios o en transmisores de las producciones humanas, el principio de la lista arrojaría estas palabras: museo, biblioteca, archivo, seguidas de teatro, casa de ópera, iglesia, templo, universidad. Las fachadas de este tipo de edificios suelen ocupar rincones privilegiados en las trazas urbanas que van construyendo la identidad externa de las ciudades, pero la experiencia de acceder a su interior suele ser mucho más íntima y contemplativa. Son lugares donde no acudimos para consumir, sino para relacionarnos con la tradición o para vislumbrar lo que está por venir. Una vez dentro, bajamos la voz, alzamos la mirada, nos sentimos arropados por el espacio pero a la vez abrumados en nuestra pequeñez y nos representamos dócilmente como parte de una colectividad: dejamos de percibirnos como individuo para transformarnos en público, en usuario, en visitante, en alumno, en feligrés. El silencio obligado nos abre otra dimensión sensorial que no siempre somos capaces de representar.

Si hay una artista que ha explorado visualmente los interiores de aquellos edificios que están conectados con la custodia y comunicación de la memoria cultural, ella es la fotógrafa alemana Candida Höfer (Eberswalde, 1944). Sus series de arquitectura interior de inmuebles como el Louvre, la galería de los Uffizi o la Scala de Milán re-



presentaron a Alemania en 2003 en la Bienal de Venecia. Desde entonces su trabajo se visibilizó internacionalmente e instituciones de países como Portugal o Rusia la convocaron para recorrer y fotografiar esos recintos públicos donde la quietud y la grandiosidad arquitectónica, con ayuda de la fotografía, se pueden transformar en una especie de experiencia ritual con cultura material.

En otoño de 2015, en el marco de los preparativos del actual Año Dual México-Alemania, Höfer recibió la invitación de recorrer los estados de Jalisco, México, Puebla, Guanajuato y Oaxaca, así como la Ciudad de México para generar una exposición de veinticinco fotografías de gran formato de los interiores de edificios emblemáticos como el Hospicio Cabañas en Guadalajara, el Museo del Virreinato de Tepotzotlán, la Iglesia de Santo Domingo de Oaxaca, el Teatro Juárez de Guanajuato o el Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México. Todas las imágenes, ahora exhibidas en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, son distintas, desde luego, y permiten caer en la cuenta de detalles casi imperceptibles en vivo, como la simetría caleidoscópica de los techos del ves-

título del Museo Nacional de Arte (Munal), las nervaduras en forma de telaraña de las bóvedas de la Catedral Metropolitana o las formas orgánicas, casi de protozoo, de las vidrieras de Bellas Artes. Sin embargo, a la vez, todas las imágenes son extremadamente parecidas en tres elementos: están plasmadas con una iluminación evanescente, hay una total ausencia de personas y todas comparten un ángulo visual completamente frontal que favorece la simetría y permite alcanzar una amplitud que los ojos solo podrían percibir recorriendo la mirada circularmente.

Estas características formales exploradas tanto en México como en otras latitudes relacionan el trabajo de Höfer con la corriente alemana de la Nueva Objetividad impulsada en los sesenta por Bernd y Hilla Becher, una pareja de artistas que pasó a la historia por lograr registrar de forma casi científica las tipologías arquitectónicas de los edificios industriales de la posguerra germana. Este método fotográfico relacionado también con los movimientos conceptual y minimalista, debido a la pretensión de que la fotografía puede plasmar las variaciones formales de los elementos, es una in-



CANDIDA HÖFER EN MÉXICO

podrá ser vista hasta el 30 de julio en el Antiguo Colegio de San Ildefonso.

fluencia clara en el trabajo de Höfer, que fue discípula de la pareja Becher cuando estudió en la Academia de Bellas Artes de Düsseldorf. Pero la variante de Höfer respecto a la obra de sus dos maestros es que aquí la fotografía no estudia tanto la relación formal entre el edificio y sus estructuras, sino la relación sensorial generada entre la pureza compositiva del espacio y la ausencia de las personas que normalmente lo habitan, como si la fotografía pudiera capturar el halo de memoria de los públicos que recorren estos lugares y relacionarlo con la memoria cultural que atesoran entre sus muros. Y todo en silencio.

Por ello, aunque Candida Höfer registra espacios existentes, sería forzado inscribir su trabajo en la tradición de la fotografía documental. Cada toma es técnicamente muy precisa y producto de una exploración de los ángulos y la luz. Sus obras han sido calificadas como

retratos de edificios (más que como fotografías de arquitectura) y, de hecho, como en la tradición del retrato, las imágenes imponen una mirada preconcebida, minuciosamente elaborada. Según Nadezda Sinyutina, esta práctica de Höfer recuerda por un lado a los rituales de los estudios fotográficos de mitad del siglo XIX, donde se buscaba crear una mirada apropiada para el modelo, pero a la vez concentra los niveles socioculturales, funcionales y emocionales de las fotografías de celebridades de Andy Warhol, capaces de reforzar la imagen de los retratados, que ya eran famosos, hasta el grado de incluirlos en el repositorio universal de la cultura contemporánea, como sucedió con Marilyn Monroe.

Un ejemplo de cómo las obras pueden elevar el estatus visual de los edificios hasta hacerlos levitar en el imaginario cultural es la fotografía de la escalera helicoidal del edificio Basurto de la Colonia Condesa, un inmueble *art déco* de los años cuarenta. En la imagen, inundada de luz, las escaleras se transforman en líneas zigzagueantes que ascienden hasta perderse en el infinito. En la mirada de quien ve la toma hay un guiño a lo sublime matemático kantiano logrado a través de una composición del minimalismo más purista. La fotografía subraya y aumenta la experiencia estética que un vecino del edificio Basurto puede tener en vivo cuando recorre las escaleras para subir a su casa. La foto invita a volver al edificio a mirar hacia arriba, pero la experiencia sensorial es superior en la imagen que en la realidad.

El elemento intangible común a todas estas arquitecturas desprovistas de la presencia humana no es el vacío, sino el silencio. *Candida Höfer en México* reactiva el ritual de la mirada a la gran arquitectura precisamente porque el silencio interior de estos templos de la memoria logra materializarse en imagen. —

SÉRGIO RODRÍGUEZ BLANCO es escritor, periodista e investigador. Su libro más reciente es *Palimpsestos mexicanos* (Conaculta/Centro de la Imagen, 2015).

MÚSICA

¿Qué hacemos con el pop?

DANIEL
HERRERA

principios de 1890, Emile Berliner comenzó a vender un maravilloso aparato llamado gramófono que reproducía música utilizando discos.

Con este producto le había ganado la carrera a Edison y a su fonógrafo que usaba cilindros de cera. El famoso inventor decidió seguir vendiendo fonógrafos y no se retiró a lamerse las heridas hasta 1929, cuando Berliner ya había perdido su compañía por culpa de la piratería (que, como se ve, nació casi al mismo tiempo que los discos).

A Berliner no solo le debemos el logo más famoso de la historia de la grabación –el perro escuchando un gramófono– sino también el nacimiento de la industria musical discográfica. El punto más alto de esta industria apenas duró treinta años, pero transformó la manera en que el ser humano escuchó música durante la segunda mitad del siglo XX.

El éxito de los discos es inseparable del desarrollo del pop. En *Yeah! Yeah! Yeah!* (publicado en español por Turner y cuyo título en inglés es tan extenso como la historia misma del pop: *The story of pop music from Bill Haley to Beyoncé*), Bob Stanley desarrolla un relato que incluye casi toda la música anglosajona grabada desde 1955 hasta la irrupción de Napster y el intercambio entre usuarios a principio del nuevo siglo. El autor explica que la palabra pop abarca todo aquello que fue comercializado masivamente

y aparece dentro de las listas de éxitos inglesas y estadounidenses. De esa manera, no incluye al jazz ni tampoco la world music o la música instrumental de cámara o la ópera ligera, a pesar de que hay varios discos de estos géneros que ingresaron en algún momento a los llamados *charts*.

El centro fundamental del pop, según Stanley, puede establecerse en este estira y afloja entre la calidad de la música y su masificación. La originalidad no se encuentra necesariamente en la ecuación porque si algo caracteriza a este género es la repetición, lo cual, por supuesto, no le resta calidad. De hecho, para Stanley, el reciclaje constante en el pop es necesario para su supervivencia. Desde las canciones de rock and roll de los cincuenta hasta la fusión del hip hop con el rhythm and blues de los dos mil, repetir estructuras armónicas y bases rítmicas no puede separarse del éxito de la música pop. Una vez entendido esto, uno puede dimensionar las demandas por plagio que abundan en la industria de la música. Detener el reciclaje es darle el tiro de gracia al pop moderno, que ya se encuentra agonizando desde que internet cambió las reglas del juego.

Uno de los temas que recorre este libro, y, por ende, la historia del pop, es el formato en que se comercializó la música por más de treinta años: el sencillo de siete pulgadas y 45 revoluciones, que finalmente obligó a los músicos a utilizar tres o cuatro minutos para decirlo todo. Concebido como una lucha al interior de la lista de éxitos, el pop comenzó a tambalearse cuando los elepé de 33 revoluciones desplazaron la venta de sencillos. Y más todavía cuando los discos conceptuales hicieron su aparición, en la medida en que obligaron al consumidor a escuchar elepé enteros para comprender por completo qué es lo que querían decir los músicos.

Con la desaparición masiva del elepé y el último coletazo que significó el cedé, escuchar discos ahora significa vivir en la decadencia. Nadie oye discos completos de pop y raramente se habla de esos discos como obras en sí.



Algunos podrían argumentar que el primer disco de Lorde, *Pure heroína*, vale la pena, pero es casi la excepción que confirma la regla. ¿Qué son Britney Spears, Beyoncé, Rihanna o incluso grupos como The Killers y similares sino una sucesión interminable de videos musicalizados con sencillos?

La lectura de este libro —y del legendario *Awopbopalooobop Alopbamboom*, de Nik Cohn— me ha hecho pensar en la función de la crítica y hasta dónde podemos llevar el esnobismo musical.

En esta misma revista se han reseñado películas que son evidentemente producto de la industria hollywoodense pero, en cambio, el pop casi no ha aparecido en sus páginas. ¿Se trata de mero esnobismo? ¿Por qué *El renacido* recibió una reseña completa, pero Lorde apenas una mención de pasada en un artículo sobre Nirvana? ¿Hasta dónde Lorde es tan superficial que es mejor no atender su música? Kanye West representa, como dice Bob Stanley, “las tensiones y paradojas que conlleva ser una superestrella del hip hop con conciencia social y empresarial en el siglo XXI”. ¿Eso no es suficiente para traer su nombre a colación cuando se habla de cultura?

Si damos por cierta aquella perspectiva que nos dice que ya existen

demasiadas publicaciones ocupándose del pop, quizás estaremos aceptando que quienes hacemos crítica musical estamos o ya viejos o empeñados en que toda la música deba llevar consigo cierta complejidad intelectual. ¿Qué hacer entonces? El libro de Bob Stanley reivindica el peso cultural del pop y explica la influencia social de sus productos, por ejemplo, de las canciones punk o lo lejos que ha llegado la música electrónica sin que le hayamos prestado mucha atención en las revistas culturales. Explica con claridad que toda la historia del hip hop es mucho más importante que el último disco del jazzista Brad Mehldau. Y me duele admitir que es verdad.

Respecto a qué hacer con el pop, las opciones son limitadas. Podríamos quedarnos en el reducido mundo de la música “para conocedores”, redoblar esfuerzos para despreciar todo el pop que no parece aportar nada al arte. O tal vez sea una mejor opción dejarse llevar por el ritmo y solo bailar, como lo hacen millones en este mundo, al son de la última canción de la última cantante del último momento. Al final, el pop es eso, divertida volatilidad inasible. —

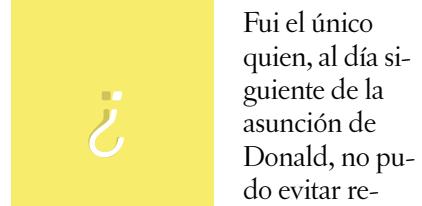
DANIEL HERRERA (Torreón, 1978) es músico y escritor. Su libro más reciente es *Quisiera ser John Fante* (Moho, 2015).

LITERATURA

Unos mundos infelices



RODRIGO
FRESÁN



Fui el único quien, al día siguiente de la asunción de Donald, no pude evitar relacionar esas masas de feministas y airados

pussy bats con las sometidas cofias de las esclavas doméstico-procreadoras de *El cuento de la criada* de Margaret Atwood? Está claro que no. Muchos lo vieron y establecieron similitudes entre aquel futuro y nuestro presente, entre esta utopía una vez más fracasada y aquella distopía como siempre exitosa. Y es que para eso sirve la novela de Atwood (actual bestseller en Amazon y alrededores y vuelta a poner en circulación entre nosotros por Salamandra; flamante miniserie con Elisabeth “Peggy de *Mad Men*” Moss en el protagónico, ya habiendo mutado a película y ópera y programa de radio y ballet y obra de teatro y espectáculo unipersonal y cómic), así como la especie a la que pertenece. A saber: para advertir acerca del ahora con modales futurísticos por más que a la escritora canadiense la etiqueta *sci-fi* la ponga de los nervios porque “no me van los marianos” y prefiera la de “ficción especulativa”. De igual manera, a Atwood le inquieta un tanto que su novela haya sido tan velozmente abducida por el feminismo apresurado.

En cualquier caso —más allá de las puntualizaciones genéricas de la autora y de la irritación de los amantes del género y de género— lo importante es la vigorosa por todas las razo-

nes reales incorrectas de la nueva vida de una novela considerada ya clásico moderno (y al día de hoy con frecuencia prohibida y perseguida en escuelas secundarias y bibliotecas de Estados Unidos). *El cuento de la criada*, sí, como hermana menor de las profecías para Occidente cada vez más vigentes y de nuevo multiventas de George Orwell y Aldous Huxley, a cuyo dúo se ha sumado Sinclair Lewis con *Eso no puede pasar aquí* (y mención especial para el *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury). Ya saben: sociedad que lee cada vez menos y está hipervigilada con tirano despotá-campechano-seductor-autoritario y cada vez más polarizada en clase acomodada y clase muy pero muy incómoda.

¿Por qué de nuevo *El cuento de la criada* con sus juegos de castas, con sus oprimidas mujeres “legítimas” e “ilegítimas” consideradas casi ganado reproductor, con el poder rigiendo las idas y vueltas de la puritana república de Gilead, donde alguna vez estuvo New England? ¿Por qué la proliferación de tuits demandando cosas como “¡*El cuento de la criada* no es un manual de instrucciones!”? Hay algo de exagerado en pensar en Trump como la avanzada de un régimen totalitario que pondrá a todas las mujeres de rodillas. Pero, de nuevo, para exactamente eso sirven estos libros posapocalípticos más allá de su variable calidad literaria: alertar sobre el estado del inconsciente colectivo siempre tan fácil de ser interpretado.

Así, Trump es ahora el idóneo e incorrecto portero que puede abrir la puerta para salir a jugar juegos del hambre, correr en laberintos, contar hasta el número cuatro, resistirte a ser un adicto a la cirugía plástica o sentirte divergente enfrentándote siempre a adultos con raros peinados nuevos y vestimentas absurdas. Un futuro en el que los papás siempre tienen la culpa de todo lo que salió mal en el pasado que no es otra cosa que este presente. Así, jóvenes cada vez más interesados en hallar –en un mañana catastrófico pero en el que pueden

ser activos rebeldes– una opción/solución para este hoy. Un ahorita en el que lo único que les queda es la jerga y eslóganes más bien añejos de Podemos & Co., conscientes de que Latinoamérica ya no es El Dorado ideológico de los sesenta/setenta para románticos europeos y el Viejo Mundo ya ha dejado de ser la Quimera del Oro al que emigrar a finales del pasado milenario.

Y Orwell y Atwood (así como las actuales profecías de escritores “serios” como David Foster Wallace o Claire Vaye Watkins o Cormac McCarthy o Lionel Shriver o Jim Crace o David Mitchell o Rick Moody o Laura van den Berg o, en

*¿Fui el único quien, al día siguiente de la asunción de Trump, no pudo evitar relacionar esas masas de feministas y airados pussy hats con las sometidas cofias de las esclavas doméstico-procreadoras de *El cuento de la criada* de Margaret Atwood?*

nuestro idioma, Edmundo Paz-Soldán y Ray Loriga) funcionan como evidencia de lo mal que se han hecho muchas cosas para varias generaciones ya de salida. Y de ahí también que las más nuevas y más *light* variaciones para consumo de Young Adults sean la distracción perfecta para aquellos mal educados en contacto con –terminología que suena tanto a las pesadillas paranoides de Philip K. Dick– la “posverdad” y el “hecho alternativo”. Sí: todo tiempo futuro será peor pero –como cantaba Bowie– podremos ser héroes al menos por un día.

Algunos llegan a postular que el auge de estas fantasías está intrínsecamente ligado al fracaso de la ficción en tiempos donde todo lo que se supone que no debe suceder acaba sucediendo y ahí está desde la “sor-

presa” del Brexit y el referéndum colombiano hasta el 6-1 del Barça al París Saint-Germain. Para ellos, Oz no es suficiente y Narnia no alcanza porque padecen un defecto insalvable: ahí siguen, sí, pero ya pasaron y están y estarán para siempre en el pasado. Un ayer en el que crecer era el destino y la recompensa y los padres biológicos o políticos no existían solo para ser derrocados.

Para quienes ya dejaron atrás las pasiones de una adolescencia que ahora se prolonga hasta mediados de los veinte años, hay títulos más nobles como las recientes *El círculo* de Dave Eggers, *American war* del debutante Omar El Akkad o *Station Eleven* de Emily St. John Mandel o *The book of Joan* de Lidia Yuknavitch o *NK3* de Michael Tolkin o *Walkaway* de Cory Doctorow. Todas las anteriores son novelas de tonalidades grises, mientras que los grandes éxitos juveniles proporcionan la panacea/placebo de escenarios blanquinegros con tonificada bondad y arrojo absolutos batiéndose en duelo contra una arrugada y especulativa maldad maquiavélica. No deja de ser una vía de escape instantáneamente gratificante y reaseguradora. Pero el asunto no es tan sencillo ni la partida está tan clara en ese tablero. Campo de batalla en el que a alguien como Donald Trump nada le impresiona menos que un desfile de mujeres airadas rodeando su nueva y blanca casa con la única arma de sombreritos tejidos con lana rosa: ese color que las feministas, en más de una ocasión, denunciaron como forma apenas subliminal de impositivo y segregante machismo cromático. Ya se sabe: tejer, ponérselo, ver cómo te queda frente a tu black mirror, tomarte y transmitir un selfie, y salir a hacer la reinvolución después de no haber salido a ejercer ese añojo y vintage derecho que es el voto.

Mientras tanto, en el nada ovárico pero muy distópico despacho oval... —

RODRIGO FRESÁN (Buenos Aires, 1963) es escritor. Este año publicó *La parte soñada* (Literatura Random House).

CRISTIAN
CAMPOS
entrevista a
**LAWRENCE
KRAUSS**



CIENCIA

“LA CIENCIA HACE QUE SURJAN NUEVAS PREGUNTAS, QUE NOS LLEVAN MÁS LEJOS”

E

n su nuevo libro, *La historia más grande jamás contada... basta ahora* (Pasado & Presente), el físico Lawrence

Krauss (Nueva York, 1954) viaja desde Galileo hasta el Gran Colisionador de Hadrones de Ginebra para acabar en un punto si cabe más desazonador que aquel en el que finaliza su anterior libro: estamos aquí por accidente.

¿No le asusta la posibilidad de que la confirmación de que no existe un sentido último para nuestra existencia, de que no existe un “significado”, pueda conducirnos hacia el nihilismo? Si ese es el caso, ¿por qué deberíamos preocuparnos por los demás o por nosotros mismos?

Al contrario. Nosotros mismos le damos sentido a nuestra propia existencia. La idea de que no hay razones para vivir si el universo no fue creado para nosotros es solipsismo ex-

tremo. Una vez que comprendemos que no existe un más allá, que no hay un propósito final, aumenta la urgencia de mejorar la vida de nuestros descendientes y de disfrutar de la increíble oportunidad que nos conceden nuestras cortas vidas para explorar el universo.

Si el universo nació de la nada, como defendió usted en su libro *Un universo de la nada*, ¿de dónde salen las leyes físicas que obligan a que nazca un universo de la nada?

Es posible que surgieran a medida que surgía el universo. En particular, es posible que exista un número infinito de leyes físicas posibles para universos diferentes. Eso equivale a decir que no existen leyes a priori, y que las que dominan nuestro universo son únicas para este único universo. Dicho esto, todo lo que podemos hacer cuando intentamos conocer el origen de nuestro universo es usar las leyes que conocemos o que son plausibles basándonos en lo que conocemos de él. Si podemos describir de forma plausible cómo surgió nuestro universo, eso ya es mucho. Llamar nada a lo que era la naturaleza antes de que nuestro universo existiera es solo una cuestión semántica.

¿Cree que podría darse una evolución intelectual que nos conduzca a dejar la ciencia atrás como esta dejó atrás la religión y la filosofía?

La filosofía intenta alejarnos de la ignorancia haciendo preguntas útiles. Pero es la ciencia la que contesta a esas preguntas y la que hace que surjan nuevas preguntas derivadas que nos llevan aún más lejos. Basándome en lo que yo puedo ver, toda la ciencia surge del análisis de ciertas evidencias empíricas a partir de la razón y la lógica. Y por eso no creo que la ciencia vaya a ser sustituida por nada. O al menos espero que eso no ocurra. Porque en el momento en el que dejemos de mirar hacia el universo para aprender cosas nuevas, la civilización humana dejará de progresar.

He leído algunas entrevistas en las que usted dice que tal o cual teoría "huele mal". Como físico, ¿cómo distingue las teorías que "huelen mal" de las que "huelen bien"?

Como en otras áreas del conocimiento humano, tras estudiar física durante un largo periodo de tiem-

po acabas desarrollando una cierta intuición acerca de qué soluciones van a ser capaces de funcionar en relación a determinados problemas. Es difícil concretar en qué basas esas intuiciones o qué las guía, pero las soluciones con más probabilidades de ser descartadas son aquellas que parecen haber sido creadas *ad hoc* a partir de detalles inconexos o que incluyen ideas que parecen no encajar con la física de áreas conexas. Pero debemos estar alerta. La intuición es una guía razonable cuando careces de pistas, pero también puede demostrarse falsa. ¡Y cuando es falsa la física se pone todavía más interesante!

¿Alguna vez ha pensado en la posibilidad de que la verdad final sobre el universo sea incomprensible para la mente humana?

Es una posibilidad. Pero de momento no tenemos pruebas de la existencia de un muro intelectual como el que describes. Así que la única manera de saber si ese muro existe es seguir empujando.

¿Podría darse la paradoja de que el ser humano cree un tipo de vida más inteligente que él mismo, la inteligencia artificial, y que al mismo tiempo le considerara su dios? Un dios, en definitiva, más estúpido que sus propias criaturas.

Creo que es posible que llegue el día en el que la inteligencia artificial supere a la humana. No creo que estemos cerca, en cualquier caso. No al menos durante las próximas décadas. También creo que una inteligencia artificial capaz de alcanzar conciencia de sí misma no nos consideraría como sus dioses, sino como sus padres. Y todos los hijos creen que sus padres son más tontos que ellos mismos. —

CRISTIAN CAMPOS es periodista.

HISTORIA

Hibris

CARLOS
FRANZ

El 20 de mayo de 1800, Napoleón cruzó los Alpes para invadir Italia. Tras asegurarse de que todo su ejército había trepado por el difícil paso del San Bernardo,

Bonaparte subió en secreto, casi solo, a lomo de mula y guiado por un joven campesino. Mientras sorteaban los precipicios este joven le contó sus penas a Napoleón. El campesino amaba a una muchacha de familia pudiente y creía que jamás podría casarse con ella. Al llegar a la cumbre Bonaparte escribió una nota, la entregó al muchacho y enseguida "descendió rápidamente, dejándose resbalar sobre la nieve" hasta el fondo del valle donde su ejército guerraba. Ese papel contenía la orden de que le dieran al joven los medios necesarios para casarse con su amada.

Leo esa anécdota en el monumental estudio sobre el periodo napoleónico que escribió Adolphe Thiers: *Historia del Consulado y del Imperio* (quince tomos en mi vieja edición de 1889).

Además de historiador, Thiers fue un político republicano importante y controvertido (hasta hoy). Fue dos veces primer ministro y más tarde presidente provisional de la Tercera República Francesa (1871-1873). Estuvo en la cumbre del poder y también conoció el exilio. Sin embargo, jamás dejó de estudiar y de escribir ambiciosas obras históricas.

En el prólogo al primer volumen de ese largo libro sobre el auge y la caída de Napoleón, Thiers explica su experiencia combinada de historiador y político: "en el seno de las asambleas conmovidas por la voz de poderosos tribunos, o amenazadas por la multitud, [...] yo no veía a tal o cual personaje pasajero de nuestra época, sino a



las eternas figuras de todos los tiempos. [Así] me encontraba menos irritado y perturbado porque no me hallaba tan sorprendido, ya que asistía no a la escena de un día, sino a la eterna escena que Dios erigió al crear los hombres con sus pasiones grandes o pequeñas".

Recado para políticos: el estudio profundo de la historia podría servir para moderar su conducta. Así como también debería ponerlos en guardia contra sus propias ambiciones y buenas intenciones. Los idealistas de la Revolución francesa acabaron cortando cabezas durante el Terror o decapitados ellos mismos. Napoleón, el gran héroe surgido de esos ideales igualitarios, democráticos y antimonárquicos, acabó coronándose a sí mismo como emperador y occasionando una guerra casi mundial.

Thiers, que admiraba a Napoleón, que repatrió sus cenizas y puso su tumba en Les Invalides, también reconocía sus defectos: "un hombre extraordinario que después de diez años de una anarquía horrible [...] llega al poder supremo y gracias a su sabiduría deleita a su país y se gana la admiración del mundo. Pero poco después el triunfo continuo lo trastorna. Ataca a Europa, la opriime, la somete, provocando que se alíe en su contra; y cae rodeado de

una gloria sin igual en el abismo donde Francia entera se precipita con él".

Un conocido refrán político asevera que "el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente" (Acton). Thiers llega a conclusiones más complejas sobre Napoleón: "El abuso de sus prodigiosas facultades lo precipitó a su caída; [...] la impetuosidad de su genio, unido a la falta de freno, fue la causa de su desgracia y de las nuestras."

Ese "abuso de las propias facultades" es un viejo enemigo de los políticos talentosos. Los griegos llamaron *bibris* a esa soberbia. La inclinación hacia el poder y el talento para ejercerlo atraen una maldición: esas mismas facultades tienden a superar sus límites y a desmedirse.

Por eso Thiers –el político e historiador– concluye: "Después de largas y maduras reflexiones he llegado a pensar que si a veces los gobiernos necesitan ser estimulados, más habitualmente necesitan ser contenidos; porque si en ocasiones se inclinan a la inacción, con mayor frecuencia son arrastrados en política, en guerra y en gastos, a emprenderlo todo."

Hasta ayer nos angustiaban los fanatismos de las ideologías. Ahora, más que ellas, nos atemoriza la po-

lítica populista que amenaza con expandirse por el mundo. Sin embargo, haríamos bien en no olvidar que la auténtica y legítima popularidad también entraña amenazas.

Llevados en alas de la simpatía general vemos subir al poder políticos carismáticos y afortunados que, sin demostrar talentos –ni defectos– muy destacados, logran inicialmente la simpatía general y grandes votaciones. Entonces, embriagados por su popularidad y llenos de buenas intenciones, estos gobernantes caen en la desmesura y desean "emprenderlo todo", entre otras cosas, "en los gastos".

También Bonaparte fue en sus inicios inmensamente popular y tuvo buenas intenciones. Conmovido por el drama de un joven campesino, le regaló los medios para casarse con su amada. Más tarde, igualmente conmovido, el emperador Napoleón quiso regalarle la felicidad a Europa "casándola" con Francia y para ello desató una guerra casi mundial.

¿Cuántos, entre nuestros políticos bienintencionados de hoy,leen historia? —

CARLOS FRANZ es escritor. Con *Si te vieras con mis ojos* (Alfaguara, 2015) ganó el Premio Bienal de Novela Mario Vargas Llosa.

Los pueblos del Brexit

M

JULIA TENA

ike, de 71 años, lleva toda la vida viviendo en Stoke-on-Trent, una pequeña ciudad industrial en el norte de Inglaterra. "Cuando era niño, todas las tardes a las cinco en punto veía salir a miles de trabajadores de las fábricas", recuerda. "Stoke tenía las mejores fábricas de Inglaterra. De cerámica, carbón, neumáticos..." La cara se le ensombrece. "Hace mucho que eso ha desaparecido. Empezaron a fabricarlo todo más barato en Asia y en el este de Europa."

Mike es responsable de seguridad de la iglesia de Stoke y también se encarga de las visitas guiadas, si algún turista lo pide. Es un martes lluvioso y no hay prácticamente nadie en la iglesia, por lo que está encantado de explicar por qué —al igual que la gran mayoría de los habitantes de su ciudad— el 23 de junio de 2016 votó a favor de abandonar la Unión Europea.

"La campaña a favor de la permanencia nos dijo que si votábamos por irnos perderíamos puestos de trabajo, pero llevamos cuarenta años en la Unión Europea y hemos perdido miles. La UE no ha ayudado a Stoke en lo más mínimo", afirma convencido.

En realidad, Stoke recibe una importante financiación por parte de la Unión Europea: a la zona han sido asignados más de 157 millones de libras para proyectos sociales y de regeneración a través de los Fondos Estructurales y de Inversión para el período 2014-2020. Sin em-

bre, de 71 años, lleva toda la vida viviendo en Stoke-on-Trent, una pequeña ciudad industrial en el norte de Inglaterra.

"Cuando era niño, todas las tardes a las cinco en punto veía salir a miles de trabajadores de las fábricas", recuerda. "Stoke tenía las mejores fábricas de Inglaterra. De cerámica, carbón, neumáticos..." La cara se le ensombrece. "Hace mucho que eso ha desaparecido. Empezaron a fabricarlo todo más barato en Asia y en el este de Europa."



bargo, Mike insiste en que la ciudad no necesita a la UE. "¡Tenemos la Commonwealth! Tal vez ahora vuelvan las fábricas", dice esperanzado.

La del responsable de seguridad de la iglesia de Stoke es solo una de las muchas voces que en el referéndum del Brexit se alzaron en contra de un futuro que no los incluye a ellos. Según un estudio realizado por el *think tank* Joseph Rowntree Foundation, el voto a favor de abandonar la UE predominó no solo entre las personas con menos recursos, sino particularmente en las zonas que en las últimas décadas se han quedado atrás debido a los rápidos cambios económicos. Muchas de estas zonas son las antiguas ciudades y pueblos industriales del norte de Inglaterra.

Stoke-on-Trent, Oldham y Blackpool son tres localidades del norte de Inglaterra que combinan este próspero pasado industrial con un declive marcado desde entonces. Además de ser tres de las áreas con mayor precariedad de

Inglaterra, también son tres de las poblaciones donde el Brexit obtuvo un mayor apoyo: 67.5% en el caso de Blackpool, 69% en Stoke-on-Trent y 61% en Oldham. Son, en palabras de sus propios habitantes, la Inglaterra que se ha quedado atrás.

BLACKPOOL

Blackpool es un pueblo del noroeste, más o menos a una hora de Liverpool. En las décadas de los años cincuenta y sesenta esta pequeña localidad costera era un popular sitio de veraneo. Hoy en día está considerada una de las regiones más pobres y con mayores problemas de salud de la nación. El alcoholismo y las muertes por abuso de drogas son equiparables a los de las peores zonas de Londres y Glasgow, y el año pasado el Servicio Nacional de Salud (NHS) anunció que esta localidad es el pueblo que más antidepressivos consume de toda Inglaterra.

En 2010, Blackpool recibió alrededor de catorce millones de libras



de financiación de la Unión Europea para renovar sus atracciones turísticas. Sin embargo, esta ayuda no ha sido suficiente para que sus habitantes quieran permanecer en la UE.

Lisa, una mujer de unos 35 años que trabaja en una de las salas de juego más populares de la zona, sostiene que la razón por la que los habitantes de Blackpool votaron a favor del Brexit fue la inmigración. Sin embargo, y según el último censo, los inmigrantes representan solo el 6% de la población de la localidad. Para Lisa la inmigración es solo una excusa.

"Aquí hay mucha gente que no quiere trabajar, y se queja de que los inmigrantes se llevan todos los trabajos", afirma. "Yo los veo todos los días aquí jugando a las máquinas tragamonedas, y también en mi barrio. Estoy segura de que yo soy la única de mis vecinos que va a trabajar. Cuando sale el sol sacan el sofá a la calle y se sientan delante de sus casas a beber cerveza."



Sin embargo, Glenn, un desempleado de cuarenta y tantos años que juega a las máquinas tragamonedas a pocos metros de Lisa, no menciona la inmigración a la hora de explicar por qué apoya el Brexit. “Hay mucho desempleo en Blackpool, y lo último que nos faltaba era mandar billones de libras a la Unión Europea.” Glenn no sabía que Blackpool también recibe financiación de la UE, pero afirma que eso no le hace cambiar de opinión.

La que sí menciona la inmigración es Emily, una chica de veintidós años que trabaja como oficinista en una de las fábricas a las afueras del pueblo. “No hay suficientes trabajos para la gente de Blackpool. ¿Por qué querriamos dar los pocos trabajos que tenemos a las personas que ni siquiera vienen de nuestro país? Los europeos quieren venir a Reino Unido a quedarse con nuestros trabajos”, dice. Para Emily, Blackpool se ha quedado tan atrás que hasta sus propios habitantes sienten vergüenza de vivir ahí. “Todo el mundo se avergüenza de Blackpool”, concluye.

OLDHAM

A las afueras de Oldham todavía es posible ver las antiguas fábricas de algodón que una vez simbolizaron el poder industrial del norte de Inglaterra. En 1960, más de trescientas fábricas coronaban este pequeño pueblo a las afueras de Manchester. Ahora estos edificios, la mayoría derruidos, reflejan una realidad muy distinta: en 2016, un informe sobre pobreza y vivienda señaló Oldham como el pueblo con mayor miseria de todo el país. Poco después, el 61% de sus habitantes votaba a favor de salir de la UE.

Oldham también es tristemente célebre por otra razón. En 2001, esta localidad, que tiene un 10% de población paquistaní, fue el escenario de uno de los peores enfrentamientos raciales de la historia británica. Aunque el nivel de inmigración de Oldham sigue siendo menor que la media nacional, experimentó un incremento importante entre 2001 y 2011.

Los habitantes de Oldham han notado este cambio. Tom y Daniel, de 27 y 65 años respectivamente, aseguran que los paquistaníes se llevan todos los trabajos. A pesar de la diferencia de edad, los dos hombres se han hecho amigos a raíz de su condición de desempleados. Es miércoles por la tarde y ocupan su tiempo bebiendo cerveza en un banco delante de un supermercado.

Daniel cuenta que es un veterano de la guerra de las Malvinas, pero que desde que se retiró del ejército no ha podido encontrar trabajo. “Luché por mi país, y ahora duermo en este banco”, explica señalando el sitio donde duerme. “Todas las noches voy al garaje del supermercado donde guardo mi saco y me tiro aquí, en mitad de la calle. No me parece justo. Serví a mi país, mi abuelo fue un héroe de guerra. Pero aquí no hay trabajo, ni ayuda por parte del gobierno. Lo que hay son demasiados inmigrantes.”

Daniel añade que su situación no es excepcional. “La mitad de las personas con las que serví en el ejército están pidiendo limosna en las calles de

Manchester”, asegura. Tanto Daniel como Tom echan la culpa de la falta de trabajos en Oldham a la UE.

STOKE-ON-TRENT

Stoke está situada entre los Midlands y el norte de Inglaterra. En los años sesenta la industria cerámica de esta localidad era tan célebre que a la ciudad se le conocía por su apodo, The Potteries (Las cerámicas). Hoy en día la mayoría de las fábricas han dejado de existir y los trabajadores de Stoke se encuentran entre los peor pagados del Reino Unido: mientras que el sueldo medio en Reino Unido es de unas 509 libras semanales, en Stoke es de 428 libras.

El 23 de junio de 2016, casi el 70% de los habitantes de Stoke votaron a favor de abandonar la UE, por lo que ahora a la ciudad se le conoce por su nuevo apodo: “la capital del Brexit”.

Adrian Ghigeanu, un inmigrante rumano que trabaja en una de las fábricas de Stoke, ha vivido de primera mano este descontento. “En mi fábrica la mayoría de los trabajadores somos inmigrantes”, explica. “Algunos de los británicos con los que trabajo lo llevan muy mal. La gente de Stoke dice que les estamos quitando el puesto, ¡pero luego ellos no quieren estos trabajos! Los británicos quieren que les paguen quince libras la hora”, asegura.

Andrew, el párroco de la iglesia de Stoke, se muestra más conciliador. “Es verdad que Stoke se ha quedado atrás con el cierre de las fábricas. Pero no se puede echar la culpa simplemente a la producción más barata de Asia, también hay que tener en cuenta el impacto de la automatización. Ya no hacen falta tantos trabajadores”, razona. “Al final lo que la gente quiere son buenos trabajos para sus hijos, para que se puedan quedar en Stoke en vez de tener que mudarse a otros sitios”, explica. “En realidad, a Stoke el Brexit le importa muy poco.” —

JULIA TENA es periodista.

HISTORIA

Emilio Rabasa y el cuchicheo

E

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

milio Rabasa ha sido el más grande constitucionalista de la historia de México. *La Constitución y la dictadura* es la pieza de reflexión constitucional más aguda, más profunda y más elocuente de esa pobre tradición intelectual. Hombre que sabía de historia y de leyes, al decir de Cosío Villegas, Rabasa entendió la mecánica y la simbología de la Constitución. Sin asomo de sentimentalismo, denunció esa treta de nuestra retórica legalista que consiste en alabar la ley para incumplirla. Gran conocedor de la tradición anglosajona como demostró Alonso Lujambio, describió las fallas de nuestra ingeniería política. Tomarse la ley en serio era dejar los rituales que sirven para legitimar al poder y entenderla como una técnica que lo limita.

La Constitución y la dictadura es una advertencia al nuevo régimen. No es una crítica a los gobiernos liberales que a su juicio se vieron forzados a romper con la ley para sobrevivir, sino un aviso a los revolucionarios. Bien sabía que garantizar el sufragio efectivo no era suficiente para darle estabilidad al país. Si el nuevo Estado no se construía con sólidos y prácticos fundamentos legales, seguiríamos atrapados en el círculo de la anarquía y el despotismo.

Lo notable es que el gran constitucionalista mantuvo silencio frente a la Constitución de 1917. Se le llegó a describir como un constituyente en la sombra porque, desde el proyecto de Carranza, se abrazaba su propósito de construir una presidencia fuerte. Sin embargo, ese hombre que había desmontado las piezas de la tubería constitucional para mostrar su incoherencia, ese hombre que se había

burlado de la torpe redacción de los preceptos y las fantasías que obnubilaron a los constituyentes del 57, calló ante la ley de Querétaro. Al regresar del exilio impartió clases en la Escuela Libre de Derecho pero no se advierte en los apuntes que han sobrevivido la penetración analítica, la agudeza crítica de su estudio clásico. Ningún examen integral del trabajo del constituyente.

Fue Charles Hale, el gran biógrafo de Rabasa, quien advirtió de la existencia de un documento rabasiano que contenía un estudio sobre el artículo 27 de la nueva Constitución. Era un estudio por encargo del que había hablado en su correspondencia. A pesar de todas sus pesquisas, el historiador no dio con él. Lo conoció, desde luego, Weetman Pearson, quien había solicitado el estudio, pero no existe copia en los archivos de su compañía. Lo leyó "con deleite" Limantour pero tampoco se encuentra en sus papeles. Era un "estudio fantasma". Acaba de aparecer. José Antonio Aguilar Rivera rastreó el documento. Al advertir la amistad de Rabasa con William F. Buckley, se dio a la tarea de espulgar sus archivos. Ahí estaba. Era un documento mecanografiado de sesenta páginas. No tenía firma pero es claro que la autoría es de Rabasa.

El hallazgo tiene una enorme importancia para la historia del liberalismo mexicano. Aguilar Rivera ha hecho una contribución notable al develar este fantasma. Se trata del único documento que registra la crítica de Rabasa a la Constitución vigente. Es una crítica demoledora porque es un ataque al fundamento mismo de la ley. No es un reproche a la ignorancia de los constituyentes o a la imprudencia de su diseño. Es la acusación de que la nueva Constitución sirve a una tiranía. La Constitución del 57 representaba un liberalismo iluso que producía lo contrario a sus declaraciones. La del 17 era mucho peor: la consagración jurídica del despotismo, la legalización de la barbarie.

Apenas votada la Constitución revolucionaria, Rabasa le anticipa a Limantour que es imposible que se sos-

tenga esa atrocidad. La que terminaría siendo la más longeva de nuestras constituciones sería, a su entender, efímera. Lo sería porque negaba el fundamento mismo de la civilización. El constituyente de Querétaro glorificaba la barbarie. Bárbaro era subordinar los derechos al capricho. Eso era, a su entender, lo que significaba el artículo 27 y ese es su argumento en el documento rescatado. El ingeniero de las instituciones, el promotor de la firmeza presidencial se convierte en un defensor de los derechos. El larguísimo precepto entregaba todas las propiedades de la nación a los poderes constituidos y arrebataba a los propietarios todo instrumento de defensa. Como John Locke, Rabasa hace de la propiedad el derecho primordial, el ámbito concreto de la libertad, el



EMILIO RABASA ESTEBANELL
EL DERECHO DE PROPIEDAD
Y LA CONSTITUCIÓN
MEXICANA DE 1917

Edición de José Antonio Aguilar Rivera
Ciudad de México, FCE, 2017, 214 pp.

refugio más firme de la autonomía frente a la tendencia opresiva del Estado.

Tan relevante es el argumento como el medio en el que se desarrolla. En una carta privada Rabasa advierte que se impone en México legalmente la tiranía. En un documento privado Rabasa denuncia que la barbarie nos devora. El carácter de estos documentos es revelador. El lobo viene y quien lo advierte no grita, cuchichea. Se está construyendo una maquinaria despótica, pero es mejor no decirle a nadie. Así actúa el autor de *La Constitución y la dictadura*. Que la severidad de la crítica de Rabasa no haya tenido como destinatario al público, que no haya buscado imprenta es una auténtica deserción intelectual. El disimulo tuvo consecuencias. Quizá la debilidad de nuestro liberalismo político deba contarse también en la historia de los ensayos no publicados. —

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ (Ciudad de México, 1965) es ensayista. Escribe en *Reforma*. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.



IN MEMORIAM

Hugh Thomas (1931-2017)

LA REDACCIÓN

Hugh Thomas vivió en la calle de Madero en la Ciudad de México mientras investigaba y escribía *La conquista de México*. “Trabajaba en la Biblioteca Nacional de la UNAM y en la biblioteca de la Ciudadela. Viajé extensamente en México, fui a Yucatán y al norte.” También se aventuró por la Plaza Garibaldi, comió en comedias corridas del Centro y paseó por la Alameda. En una entrevista con Enrique Krauze dijo: “Prefiero llegar a una estación camionera de México que a la estación Victoria en Londres.”

Poco antes de cerrar la edición de este número murió Hugh Thomas, uno de los historiadores más brillantes del orbe hispanoamericano, pero también del mundo en el siglo xx. En sus libros abordó con desapego escéptico, erudición y destreza narrativa temas controvertidos como

La Guerra Civil española. Este libro, publicado en inglés en abril de 1961 y traducido poco después al español desde París por Ruedo Ibérico durante la España de Franco, se convirtió en un *bestseller* de la clandestinidad. Un año después de la muerte del general, el libro comenzó a circular en Grijalbo, y en la introducción de esa primera edición Thomas escribió: “En cuanto la guerra civil pase a ser primordialmente un tema de controversia entre historiadores, podremos considerar que, por fin, ha terminado.”

Con la misma distancia crítica e imparcialidad, Thomas escribió *Cuba. La lucha por la libertad*, un recorrido por la turbulenta historia moderna de Cuba que inicia en 1762, cuando Inglaterra invadió La Habana, y termina en la década de los sesenta, cuando se consolidó la Revolución de Fidel Castro.

Desde que en 1993 escribió *La conquista de México*, su primera incursión fuera del siglo xx, publicó *La trata de esclavos* —la historia del tráfico de hu-

manos de 1440 a 1870— y después inició una trilogía sobre el Imperio español que constituyó un esfuerzo monumental por documentar el encuentro entre las dos orillas del Atlántico: *El Imperio español de Carlos V*, *El imperio español. De Colón a Magallanes* y *Felipe II: El señor del mundo*.

Hugh Thomas nació en 1931 en Windsor. Fue el hijo único de Hugh Thomas, un administrador colonial en la Costa de Oro (ahora Ghana), y la enfermera Margery. Estudió historia en el Queens' College en Cambridge y en la Sorbona. Sirvió en el cuerpo diplomático del Reino Unido de 1954 hasta que tres años más tarde renunció en protesta por la invasión anglofrancesa al Canal de Suez, conflicto sobre el que publicaría, en 1966, uno de sus primeros libros, *The Suez affair*. Representó a Gran Bretaña ante la ONU de 1956 a 1957 y después se afilió al Partido Laborista y se dedicó a dar clases de historia en la Universidad de Reading. Fue el director del Centre for Policy Studies, el *think tank* del que se originaron muchas de las teorías que definieron el Thatcherismo.

Desde su casa en Londres, cerca de Notting Hill, animó buena parte de la cultura inglesa. Recibió a escritores (Mario Vargas Llosa y Harold Pinter) y a políticos. Una noche de 1982, Hugh Thomas fue el anfitrión de una cena célebre: invitó, entre otros, a V. S. Pritchett, Philip Larkin, Isaiah Berlin y a Margaret Thatcher. Sirvió faisán y vino de la Rioja. A las 11 de la noche la Dama de Hierro se despidió y se fue.

Con el nombre de lord Thomas de Swynnerton, el barón Hugh Thomas ingresó a la Cámara de los Lores en 1981 y es sencillo entender por qué se llegó a definir como un “hijo del imperio”. Un lord que viajaba en camión por México y que defendió apasionadamente la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea. Para este historiador liberal, entusiasmado con la idea de una Europa unida, el Brexit fue un momento triste, una “farsa con potencial de convertirse en una tragedia”. —